

Beato Buenaventura de Forlí (6 de septiembre)



Buenaventura nació en la ciudad de Forlí en torno al año 1410. Entrando en la Orden, se aplicó al estudio de la teología y obtuvo el grado de maestro. En la predicación dio muestras de gran valor y sabiduría. Ocupó numerosos cargos en la Orden, ejerciendo su servicio con extrema prudencia. Llevó vida penitente, amó la soledad, promovió la observancia regular. Murió en Údine el año 1491. Su cuerpo se conserva en la iglesia de santa María de las Gracias de aquella ciudad. El papa Pío X confirmó su culto en 1911.

Oración

Te suplicamos, Señor, que el ejemplo del beato Buenaventura y la predicación del Evangelio, produzcan en nosotros un sincero dolor de los pecados y un firme propósito de conversión y penitencia. Por Jesucristo nuestro Señor.

Del "Propio del Oficio de la Orden de los Siervos de María"

Admirable por la eficacia de su predicación y por su sanidad

Buenaventura nació en Forlí hacia el año 1410. Ingresó en la Orden de los Siervos de María en su ciudad natal, Terminiando el noviciado en el año 1448, fue enviado a Venecia, en donde pasó seis años entregado al estudio de las ciencias sagradas, obteniendo el grado de maestro. En el convento de Venecia convivió probablemente con el beato Bartolomé, hombre de gran santidad, que conjugaba en su persona el amor a la soledad con el fervor de la predicación evangélica.

Buenaventura se dedicó intensamente a la predicación. En efecto, consta por varios documentos que predicó innumerables sermones, principalmente cuaresmales, en Venecia, Florencia, Bolonia, Brescia y Perugia, con una asistencia masiva de fieles. Era considerado como un imitador de san Pablo. Pues – como refiere fray Felipe Albrizzi en su obra titulada *Institución de la Congregación de los frailes Observantes Siervos de santa María*- era, como el Apóstol, “admirable por la eficacia de su predicación y por su santidad”. Es digna de recuerdo su predicación en Perugia, cuando una gravísima epidemia afligía la ciudad; con sus palabras logró que los habitantes impetrasen la ayuda de Dios con la oración y la penitencia y que, además se esforzaran en socorrer a los pobres y enfermos. Su fama de predicador creció de tal manera que el papa Sixto IV le dio facultades para predicar en cualquier sitio como predicador apostólico.



Desempeñó varios cargos en la Orden; por gestiones suyas pasaron a la Orden el convento de Forlímpópoli Forlí(y, en 1488, el de santa María del Paraíso, en Clusone (Bérgamo).



En aquel entonces, movido por el deseo de entregarse plenamente a la penitencia y la contemplación, Buenaventura pidió permiso al papa Sixto IV para hacer vida eremítica. En el año 1483, el sumo pontífice accedió a su petición, y le permitió retirarse a un lugar solitario junto con seis compañeros. No sabemos el lugar preciso en donde se retiró Buenaventura, pero, por algunos documentos del siglo XVII, puede conjeturarse que pasó algún tiempo en el eremitorio de Monte Senario. Poco después, obligado por la caridad o la obediencia, volvió a la vida conventual. Nombrado prior de la provincia romañola, ejerció este cargo con gran prudencia y promovió la observancia de la disciplina regular.

Fray Antonio Alabanti, prior general, abrigó el propósito de restablecer en la Orden una disciplina más rigurosa, para lo cual se valió del consejo y la ayuda de Buenaventura. Fue también este hombre de Dios quien, al surgir serios descontentos entre la Congregación de la Observancia y el prior general, trabajó por restablecer la paz y la concordia. Al año siguiente, en el capítulo de la Congregación de la Observancia, fue elegido vicario general, cargo en el que fue confirmado poco después por el capítulo general de la Orden.

Algunos escritores de nuestra Orden, quienes conocieron la beato Buenaventura, nos describen su amor a la penitencia y a la soledad. Fray Felipe Albrizzi escribe: "Era muy bajo de estatura y de constitución endeble, de mediana cultura. Era religioso de gran santidad, llevaba una barba inculta; soportaba el calor del verano, el frío y las heladas del invierno, sin que se le viera nunca calzado; tanto es así que más de una vez salía sangre de sus pies agrietados. Vestía muy pobremente, nunca comía carne ni bebía vino, dormía sobre el duro suelo o, a veces, sobre unas tablas; practicaba en fin, todas las mortificaciones que él consideraba necesarias para dominar su cuerpo. Con su oración alcanzó de Dios varios milagros, incluso en vida". Esto mismo, más o menos, es lo que escribió también sobre él fray Gasparino Borro en elegantes versos.

El año 1491, cuando Buenaventura se hallaba en Údine predicando los sermones cuaresmales en la iglesia catedral, cayó enfermo a consecuencia de su avanzada edad y austeridad de vida, muriendo el jueves santo de ese año.

Su cuerpo recibió sepultura en la iglesia de santa María de las Gracias. Andrés Loredán, legado de la república de Venecia en Údine, cayó gravemente enfermo y acudió a la intercesión del beato Buenaventura. Una vez curado, cuando en el año 1509, terminado su mandato, regresó a Venecia, en señal de gratitud hizo trasladar el cuerpo del Beato a Venecia, a la iglesia de los Siervos de María.

El año 1911 la Sagrada Congregación de Ritos ratificó el culto que ya desde tiempo inmemorial se tributaba a Buenaventura. Después de varias vicisitudes, sus restos fueron trasladados de nuevo, en 1968, a la iglesia de santa María de las Gracias de Údine.

